

## LA BATALLA EN LA EDAD MEDIA. ALGUNAS REFLEXIONES

Francisco GARCÍA FITZ <sup>1</sup>

**H**ay que reconocer que pocas imágenes del mundo medieval están tan presentes y tienen tanta fuerza evocadora entre nuestros contemporáneos como las de un combate en campo abierto entre caballeros pesadamente armados, o entre caballeros y peones luchado bajo una lluvia de flechas. Nuestra propia experiencia como investigadores y docentes nos ha demostrado, en no pocas ocasiones, que una de las dos o tres representaciones que sirve a los estudiantes para identificar intuitivamente a la Edad Media como período histórico, es la de los jinetes acorazados blandiendo sus lanzas y cargando contra un enemigo situado frente a él.

No cabe duda de que, al menos entre las generaciones más jóvenes, las producciones cinematográficas y los documentales televisivos han ejercido una influencia decisiva en la creación de esta imagen estereotipada que, a la postre y por lo que aquí interesa, tiende a asimilar a la guerra medieval con la batalla campal. Sin embargo, hay que reconocer que el tópico viene de mucho más atrás y que tiene raíces muy profundas en nuestra cultura. Como ha demostrado Victor Davis Hanson, para la mentalidad occidental, al menos desde época griega, la forma más elevada y acabada de la guerra, muchas veces la única aceptable en términos morales, es el enfrentamiento directo, cara a cara, con el enemigo, el choque abierto que aspira a la victoria decisiva y concluyente sobre el rival. Es este tipo de combate el que permite al guerrero mostrar su valor ante sus pares de una manera «limpia» y luchar justa y noblemente – «virilmente», en la nomenclatura utilizada por las fuentes medievales-, para alcanzar el que parece objetivo básico de la

---

<sup>1</sup> Universidad de Extremadura.

tradicción militar de Occidente: la rendición incondicional, la derrota total y la destrucción física del adversario. Frente a ésta, todas las demás formas de hacer la guerra -la escaramuza, la emboscada...- son consideradas accesorias, cuando no directamente despreciables o cobardes.

Partiendo de esta consideración, se entiende que el interés de todos aquellos que en algún momento han tenido que describir una guerra determinada, inventar un relato de contenido bélico o reproducir gráficamente una escena militar, haya tendido naturalmente a centrarse en una batalla campal. En el caso de la literatura histórica, tal como ha subrayado Stephen Morillo, se da la circunstancia adicional de que durante siglos ésta ha estado dominada por una concepción en la que los protagonistas absolutos fueron los «grandes hombres», los monarcas o los héroes, cuyas actuaciones estelares tenían por escenario la batalla campal, en la que podían presentarse tomando decisiones y mostrando sus valores en todo su esplendor. Además, esta tendencia general de la historiografía se ha visto reforzada durante los dos últimos siglos por la enorme influencia que las concepciones teóricas de Carl von Clausewitz han tenido sobre los autores -muchos de ellos con formación militar- que se han acercado a la historia militar: a este respecto, conviene recordar que algunos principios clausewitzianos tan básicos como los de estrategia o táctica fueron formulados pensando, esencialmente, en las batallas campales, de modo que los historiadores militares que, imbuidos de estos preceptos, estudiaron la guerra medieval, no dudaron en circunscribir su interés a las grandes batallas del período. Por lo demás, y siguiendo a John France, no puede obviarse que la visión del hombre contemporáneo sobre la guerra está muy determinada por la realidad bélica del último siglo, en la que la imagen de la batalla decisiva se ha configurado como el referente principal de los conflictos armados, de modo que, al analizar las guerras del pasado, siempre se corre el riesgo de aplicar nociones que son propias del presente.

El resultado de todo ello ha sido que tanto los historiadores militares como los medievalistas del siglo XIX y de buena parte del XX que abordaron el tema de la guerra medieval, condicionados por su formación o por su experiencia, volcaron su atención sobre el estudio de las grandes colisiones campales e ignoraron prácticamente cualquier otro tipo de operaciones. Consecuentemente, largos conflictos como las Cruzadas, la Reconquista hispana o la Guerra de los Cien Años tendían a convertirse en una sucesión de batallas, al tiempo que se dejaban de lado otros aspectos de la guerra, no porque no fueran trascendentales desde el punto de vista histórico -piénsese en las campañas de conquista de Carlomagno-, sino porque no conocieron este tipo de confrontaciones en campo abierto. Obras muy conocidas y

consideradas como verdaderos hitos de la historia militar medieval, como las Ch. Oman, H. Delbrück, J.F.C. Fuller, F. Lot, H. Nickerson, J.F. Verbruggen, J. Beeler o A. Huici Miranda, pueden servir como ejemplos muy representativos de esta concepción historiográfica.

De esta manera terminó aquilatándose una representación tópica de la guerra medieval que hipertrofiaba la importancia de la batalla campal, simplificaba el panorama militar de la época y, con ello, distorsionaba la imagen de conjunto. Sin embargo, durante la segunda mitad del siglo XX, y de forma más intensa durante las dos últimas décadas, se ha producido una importante renovación historiográfica que ha permitido superar prejuicios y reubicar la batalla campal de manera más ajustada en el contexto general de la guerra medieval. Como resultado, se ha relativizado extraordinariamente la importancia de las grandes colisiones en campo abierto, se ha subrayado su rareza y excepcionalidad entre los usos militares del período y se han puesto en valor precisamente aquellas operaciones que los historiadores «clásicos» despreciaban o ignoraban, pero que en realidad constituían la forma habitual de los conflictos: cabalgadas, algaras, campañas de destrucción, desgaste y hostigamiento del adversario, asedios de castillos, bloqueos de ciudades. La consecuencia final ha sido la formación de una nueva imagen de la guerra medieval y una notable reconsideración de la batalla en un escenario más amplio y comprensivo de comportamientos bélicos. Fueron las pioneras aportaciones de B.H. Liddell Hart, R.C. Smail o C. Gaiier las que abrieron este camino, por el que han continuado en los últimos años los trabajos de J. Gillingham, G. Duby, Ch. Marshall, D. Nicolle, J. Bradbury, S. Morillo, M. Strickland, J. France, M. Prestwich, F. García Fitz, M. Alvira Cabrer, H. Nicholson o M. Rojas.

Inevitablemente, al poner en perspectiva a la batalla, al situarla dentro del panorama mucho más extenso y complejo de los conflictos armados, ésta ha pasado a un segundo o tercer plano, tanto en la caracterización de la guerra medieval como en el interés de los historiadores actuales, de modo que el mito de la batalla campal, tomada como imagen axiomática de las prácticas militares del medievo, ha quedado bastante desdibujado. Sin duda este reajuste era necesario, entre otras razones porque la centralidad que se le otorgaba a la batalla —en los usos bélicos del período y en la atención de los especialistas— marginaba y oscurecía al resto de operaciones que verdaderamente constituían la cotidianeidad de la guerra, pero creemos que cometeríamos un error si, empujados por una especie de movimiento pendular, dejáramos de estudiar las grandes batallas campales con el argumento de que fueron acontecimientos extraordinarios que, en no pocas ocasiones, tuvieron escasa incidencia en la resolución de los conflictos. Porque

siendo todo ello cierto, no podemos obviar dos consideraciones que nos parecen esenciales para comprender el lugar de las grandes batallas en el panorama político-militar y en el imaginario colectivo de las sociedades medievales: en primer lugar, hay que reconocer que, cuando tenían lugar, el impacto sobre los contemporáneos era verdaderamente extraordinario, hasta el punto de que fueron ellos, los hombres de la Edad Media, quienes sobrevaloraron las repercusiones de las batallas mucho más allá de su incidencia real; en segundo lugar, tampoco podemos ignorar que algunas veces, pocas pero muy significativas, aquellos choques tuvieron consecuencias políticas o estratégicas de muy largo alcance, y los encontramos en el origen o el final de dinastías gobernantes, en la base de la conquista y formación de reinos enteros, en la raíz de avances o retrocesos territoriales espectaculares. Parece, pues, que la rareza de la batalla medieval no puede ser el único índice para evaluar su importancia: tanto por la subjetiva trascendencia que le otorgaban quienes las vivieron de cerca, como por la objetiva incidencia que ocasionalmente llegaban a tener sobre el futuro de reinos o comunidades enteras, su análisis sigue siendo obligatorio.

En relación con la primera de las anteriores consideraciones, cualquiera que se acerque a los testimonios de aquella época puede comprobar, sin demasiado esfuerzo, que ninguna otra operación militar, por importante que fuese, dejaba tanta huella en los autores medievales como la batalla campal: eran sucesos verdaderamente inolvidables, de aquellos que provocan una marca indeleble en la memoria de los contemporáneos y cuyo recuerdo pasa de una generación a otra. De hecho, si tuviéramos que juzgar sólo por la cantidad e intensidad de los testimonios, llegaríamos a la conclusión de que, efectivamente, la guerra era poco más que una sucesión de batallas: como ya hiciera notar G. Duby, en las obras de los cronistas las batallas se configuran como acontecimientos mayores, resonantes, que rompen con el paisaje de la cotidianeidad de la guerra y hacen hablar a los contemporáneos, cuyas conciencias se ven sacudidas por aquellas colisiones extraordinarias. Para los historiadores medievales, las batallas eran hechos históricos que, por sí mismos, eran dignos de ser recordados. Si además estaban protagonizadas por el monarca —objeto prioritario de la atención del cronista— y si, como suele suceder, su resultado se entendía como un Juicio de Dios que otorga la victoria a los buenos creyentes y castiga con la derrota a los malos, a los pecadores o a los infieles, entonces está más que justificada la verdadera fascinación que los historiadores medievales sentían hacia ellas y la desproporcionada atención y espacio que se les dedica.

Más aún, el eco de la batalla fácilmente desbordaba el campo de los historiadores y su impacto se hacía sentir en casi todos aquellos que dejaban

testimonio escrito de la realidad. Para los cancilleres y notarios las batallas campales eran acontecimientos tan notorios que no dudaban en convertirlas en jalones cronológicos con los que fechar otros hechos: «*el año en que el rey... venció en batalla campal*», «*en el tercer año después de que yo..., hube vencido a... en batalla campal*», son expresiones que denotan la centralidad de la batalla en la vida política de un reino. Los legisladores, por su parte, conferían a la batalla una particular consideración que les llevaba a subrayar de forma muy especial el cumplimiento de las obligaciones militares que, en aquellos casos, los súbditos tenían hacia el gobernante. En fin, todos los autores que ponían su pluma al servicio de la formación de los poderosos, de la educación de los príncipes, de los nobles o de los caballeros, se veían en la obligación de reflexionar sobre las batallas y de aconsejarles sobre su práctica con mucho más detenimiento y detalle que sobre cualquier otra operación. Pero si todo lo anterior no fuera suficiente para entender la atención prioritaria que las fuentes medievales confieren a las batallas, se da la circunstancia adicional de que la fantasía y la creatividad de los juglares y los poetas hicieron de ellas el marco privilegiado en el que hacer actuar, hablar, combatir y vencer a sus héroes, configurándose la colisión frontal como el escenario central donde el protagonista tiene la oportunidad de exponer por extenso sus valores.

Sin duda, esta extraordinaria atracción de los contemporáneos tiene mucho que ver con el innegable halo trágico, pero también épico, que rodea a dos grupos de hombres armados que se encaran dispuestos a matar, con la certeza de que muchos van a morir. Pero a esta apreciación subjetiva de quien deja testimonio del hecho o crea una escena ficticia debe sumarse otra razón objetiva que enlaza con la segunda consideración que antes apuntábamos: se sabía que, para bien o para mal, el encuentro campal podía llegar a ser decisivo no sólo para quienes tomaban parte en él y se jugaban la vida, sino también para el devenir histórico de sociedades y reinos enteros. A principios del siglo XIII, el canciller Diego García Campos observaba que en los últimos siglos la historia hispánica había experimentado dos giros fundamentales: uno en el siglo VIII, cuando la derrota de Guadalete dejó a *Hispania* devastada y en un estado miserable, y otro en 1212, cuando el encuentro de Las Navas permitió su restauración. De un reino hundido a un reino victorioso: sin duda, en la percepción de este personaje de la época las consecuencias de las batallas tenían unas magnitudes de vértigo, eran hitos de referencia inexcusable en la historia de los reinos.

Desde luego, no puede negarse que algunos hechos avalaban apreciaciones como las que acabamos de comentar: cualquier dirigente con experiencia política o militar era consciente de que el resultado de una batalla

campal podía llegar a tener consecuencias históricas irreversibles y desmedidas, desde la muerte o prisión de un monarca y de su entorno nobiliario -descabezando y dejando sin liderazgo a todo un conjunto social-, a la desaparición de reinos enteros, llegando en algún caso a la aniquilación del sistema social conocido. Toda la ordenación política de un estado feudal, basada en buena medida en la existencia de una amplia red de relaciones personales, se diluía al desaparecer el núcleo central en torno al que estaba organizada, y ello podía ocurrir dramáticamente, de golpe, como resultado de un desastre en campo abierto. Es verdad que circunstancias como las descritas eran muy excepcionales, pero no desconocidas: tal como fue interpretada por los autores medievales, en el año 711, a orillas del Guadalete, no sólo un reino, sino toda una formación cultural se hundió para ser sustituida por otra diferente; en 1037 el reino de León fue absorbido por el de Castilla a raíz de la muerte de su monarca en la batalla de Tamarón y en 1072 volvió a repetirse la misma unión forzada de estos dos reinos tras la derrota de Alfonso VI en Golpejera; la batalla de Montiel en 1369 ratificó el triunfo de Enrique II y conllevó el advenimiento de una nueva dinastía en Castilla-León; la derrota de Alarcos supuso un importante retroceso territorial para Castilla, mientras que la victoria de Las Navas de Tolosa sirvió para confirmar el dominio castellano en las tierras comprendidas entre el Tajo y Sierra Morena. En otros ámbitos tampoco faltaban ejemplos de los que aprender: la batalla de Hastings en 1066 representó el principio del fin de la Inglaterra sajona y el origen de la Normanda, mientras que en Hattin -1187- los estados cruzados perdieron una parte sustancial de sus posesiones en Tierra Santa, incluyendo Jerusalén. No parece necesario continuar con este recuento para comprobar que, efectivamente, las consecuencias de una batalla podían llegar a ser pavorosas y de muy largo alcance, lo que justificaría con creces la atención que se les prestaba.

Ahora bien, es responsabilidad del historiador no dejarse deslumbrar por sus propias fuentes, evitar verse arrastrado por el entusiasmo de los vencedores o por la mirada deformada y deformante de los contemporáneos. Conviene, por tanto, poner un contrapunto razonable, prescindir de las exageraciones y de las impresiones subjetivas de los testigos, cronistas o poetas, pues sólo así seremos capaces de analizar el papel y la posición real de la batalla en el contexto de la guerra medieval. Pues bien, como comentábamos en párrafos anteriores, una de las primeras constataciones que llama la atención al realizar este ejercicio de evaluación objetiva y de distanciamiento, es la extrañeza de estas manifestaciones bélicas en el panorama general de la guerra medieval. De hecho, no es del todo extraño que en largas campañas de conquista, que llegaban a extenderse durante décadas, ape-

nas se encuentren episodios de esta naturaleza: en casi cuarenta años de expediciones carolingias contra sajones, bávaros y lombardos difícilmente puede nombrarse una; Fernando III empleó un cuarto de siglo en la conquista de el valle del Guadalquivir sin que sus ejércitos se llegaran a ver envueltos nunca en grandes colisiones en campo abierto; durante la Guerra de los Cien Años, y en el período comprendido entre 1368 y 1415, la monarquía francesa consiguió recuperar buena parte del territorio que había perdido en años anteriores sin necesidad de encararse en una batalla campal con sus enemigos ingleses. Las biografías de grandes monarcas guerreros, como Guillermo el Conquistador, Ricardo Corazón de León, Alfonso VII o Jaime I, muestran dilatadas experiencias bélicas donde las batallas, si es que aparecen, representan situaciones verdaderamente excepcionales. Y es que, como ya indicara Ch. Oman, *«muchos años de hostilidad producían solo unas cuantas escaramuzas parciales; comparadas con las campañas modernas, los combates generales eran increíblemente pocos. Federico el Grande o Napoleón I lucharon en más batallas en un año que un comandante medieval en diez»*.

La rareza de la batalla campal en el marco de campañas militares que se repetían anualmente durante décadas nos coloca ante otra evidencia no menos reseñable: para alcanzar sus objetivos político y militares, los comandantes medievales podían prescindir de las grandes colisiones de tropas. Eso significa que, en comparación con otros tipos de actuaciones militares, sin duda menos llamativas, pero también más frecuentes, de mayor eficacia y mejor adaptadas a los planes establecidos y a los recursos disponibles, la batalla campal podía llegar a ser tan irrelevante como innecesaria. Los riesgos que implicaba un choque abierto entre grandes ejércitos, ya lo hemos visto, eran enormes, mientras que los logros que podían alcanzarse bien podían obtenerse mediante otro tipo de operaciones cuyos resultados tal vez eran más limitados, pero cuya ejecución era menos peligrosa e igualmente válida para las metas que se pretendían.

A este respecto, no podemos olvidar que buena parte de los conflictos militares de la Edad Media se plantearon como una guerra por el control de un espacio determinado y de los hombres que lo habitaban y trabajaban. En un mundo profusamente jalonado de todo tipo de fortificaciones, desde pequeñas torres defensivas hasta grandes ciudades amuralladas, desde castillos feudales hasta iglesias-fortalezas, y en el que los defensores tenían una neta superioridad militar respecto a los agresores, cualquier ejército que quisiera extender su dominio tenía que anexionarse aquellos puntos fuertes, en tanto que a los agredidos les bastaba con mantener sus posiciones amparados tras las murallas. En consecuencia, la guerra se resolvía a partir de

campañas de asedio o de bloqueo de los núcleos fortificados, si bien la superioridad de lo defensivo obligaba a los agresores a desplegar, previamente, todo tipo de operaciones destinadas a desgastar los recursos de los defensores para que su capacidad de resistencia, una vez iniciado el sitio, fuera la menor posible. Estas acciones de erosión, articuladas a base de cabalgadas, algaras o pequeñas incursiones predatorias, en ocasiones precedían durante años al establecimiento de un sitio en toda regla y contribuían de manera determinante a configurar el perfil ordinario de los conflictos.

En un panorama bélico como el descrito, en el que las murallas otorgaban bastantes garantías de supervivencia al agredido y donde la meta última de la guerra era la anexión de las fortalezas que articulaban el espacio y las relaciones de poder, la prioridad militar y estratégica no pasaba necesariamente por la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo en campo abierto. Lo fundamental en esta guerra de posiciones era, conviene insistir, defenderse o hacerse con el dominio de los puntos fuertes, lo que implicaba largas campañas de desgaste y, llegado el momento, complejas operaciones de asedio o de bloqueo, y para alcanzar aquellos objetivos no era necesario buscar una batalla –de ahí su rareza en comparación con las mucho más frecuentes cabalgadas y cercos-. Ahora bien, dado que la cotidianeidad de la guerra consistía en una sucesión de incursiones devastadoras y de asedios, se entiende que, cuando ocasionalmente dos fuerzas armadas llegaban a enfrentarse en una batalla, normalmente tenía lugar en el transcurso de una de estas operaciones.

Esto quiere decir, pues, que un porcentaje muy significativo de batallas medievales, por no decir la inmensa mayoría de ellas, no se produjeron como consecuencia de una decisión expresa, planificada, querida y buscada por un comandante con el objetivo prioritario de aniquilar a las fuerzas armadas de su enemigo, sino a partir de los movimientos imprevistos, y muchas veces no deseados por alguna de las partes, que se desplegaban en torno a un cerco o una incursión. Pues bien, creemos que el análisis de las circunstancias que rodearon a un buen número de grandes colisiones en campo abierto permite esclarecer el papel e importancia de éstas en el contexto general de la guerra medieval.

En este sentido, y de manera necesariamente simplificada, creemos que puede hablarse al menos de cuatro grandes modelos de actuación bélica que podían llegar a desembocar en una batalla. En primer lugar, había algunas ocasiones, ciertamente excepcionales, en que una guarnición cercada, sabedora de que no podría contar para su defensa con socorro exterior alguno, abocada a la larga agonía que provocaba el sufrimiento de los combates y la falta de alimentos, consciente de que todo sacrificio sería inútil, pues al



final se vería afrontada a la muerte o el cautiverio, tomaba la decisión de arriesgarse a abandonar la protección de sus murallas y dirimir en campo abierto el conflicto. Desde luego, un comportamiento como éste no forma parte de los usos normales de los cercados, puesto que al salir al exterior perdían la superioridad y la relativa seguridad que les otorgaba la muralla y se aventuraban a una operación de resultados siempre inciertos, pero había dos circunstancias que podían empujarlos a tal actitud: la primera, la simple desesperación, esto es, la certeza de que la única alternativa posible a una muerte segura era destruir masivamente a la fuerza enemiga en un choque frontal; la segunda, el conocimiento de alguna debilidad –táctica o disciplinaria- en las filas del adversario que facilitara su derrota, unido quizás a una fuerte confianza en las propias fuerzas. Como decimos, aunque no hay demasiados ejemplos de esta forma de actuación, se dieron algunos muy significativos: recuérdese, por ejemplo, que una de las más trascendentes victorias del Rodrigo Díaz, la batalla del Cuarte de 1094, que le permitió consolidar la recién adquirida posesión de Valencia, tuvo lugar entre las tropas cidianas asediadas en Valencia y el ejército almorávide. En esta ocasión es posible que la guarnición cercada, una fuerza adiestrada, experimentada, bien acaudillada y posiblemente segura de sus posibilidades, contara con la ventaja adicional de la desorganización o descoordinación del contingente norteafricano. Cuatro años después, en el verano de 1098 y en el otro extremo del Mediterráneo, los cruzados que previamente habían entrado en Antioquía se veían obligados a encarar en campo abierto a un gran ejército musulmán porque su capacidad para resistir el asedio que se avecinaba –privados de alimentos y dominando sólo una parte de la ciudad- era prácticamente nula.

Como decimos, este comportamiento no era del todo habitual entre los comandantes medievales, pero lo cierto es que los asedios ofrecían el marco más frecuente para una batalla. Claro que para ello tenían que darse unas condiciones diferentes a las que hemos comentado, condiciones que conformaban un segundo modelo de actuación: no era del todo extraño que un dirigente que viera cómo un enemigo sitiaba a una de sus posesiones decidiera reclutar un ejército y acercarse hasta el lugar para socorrer a los defensores. Muchas veces bastaba con el acercamiento de las tropas de socorro para que los sitiadores levantaran el asedio, pero otras aceptaban el reto y optaban por dirimir la suerte de una conquista en una colisión masiva. Hay que reconocer que estas actitudes estuvieron muy extendidas durante la Edad Media, así que un número significativo de batallas responden al mencionado esquema: podría recordarse, por ejemplo, que la batalla de Uclés de 1108, en la que el ejército castellano-leonés fue derrotado por las tropas

almorávides y donde perdió la vida el heredero de Alfonso VI, tuvo lugar cuando los efectivos cristianos acudieron a levantar el cerco que los norteafricanos habían plantado sobre aquella fortaleza. Por citar algún otro caso, cabría indicar que una de las grandes batallas de la Primera Cruzada, la del Lago de Antioquía, también se produjo entre el ejército cristiano que cercaba esta última ciudad y los musulmanes que se acercaban para auxiliar a sus correligionarios que estaban siendo asediados, mientras que la mayor derrota del ejército latino en Tierra Santa, aquella que acarreó la pérdida de buena parte del reino de Jerusalén –nos referimos a la batalla de Hattin de 1187–, tuvo lugar cuando el contingente encabezado por el rey Guy de Lusignan fue aniquilado por las tropas de Saladino cuando aquél intentaba socorrer la fortaleza de Tiberias, asediada por los islamitas.

El tercer modelo de actuación bélica que podía provocar una batalla se presenta no ya en el contexto de un cerco, como los anteriores, sino en el de una cabalgada o incursión, esto es, en el curso de una campaña de saqueo y destrucción. No siempre, pero sí en ocasiones las víctimas de tales ataques decidían atajar a los algareadores, impedirles que continuaran con las devastaciones y recuperar el botín que aquellos hubiesen acumulado. Si, en un supuesto como éste, los cabalgadores eran alcanzados y se veían rodeados, lo normal es que tuviera lugar una colisión con sus perseguidores: si bien su entidad suele ser pequeña y no siempre deja huellas testimoniales, lo cierto es que la actividad militar está plagada de este tipo de choques, que precisamente era el que resultaba familiar para la mayoría de los guerreros medievales.

No tanta frecuencia, pero sí mucha mayor magnitud tenían otras batallas que igualmente se producían en el contexto de una incursión, pero bajo circunstancias muy particulares, que son las que vienen a definir el cuarto de los modelos de actuación a los que estamos haciendo referencia. A veces los dirigentes políticos de un reino llegaban a tener claras evidencias de que sus enemigos iban a protagonizar una invasión en toda regla a través de sus fronteras. Aunque desconocieran los objetivos concretos que perseguían sus adversarios, bien podían suponer que la campaña degeneraría en un rosario de devastaciones, cuando no en alguna conquista territorial. Ante este estado de cosas, los invadidos podían optar por hacer frente a la invasión refugiándose en sus puntos fuertes y esperando a que el contingente contrario volviera finalmente sobre sus pasos, pero también cabía la posibilidad de bloquear su trayectoria de manera preventiva antes incluso de que llegaran a adentrarse en territorio propio, o en cuanto lo hubieran hecho. Como podrá imaginarse, para poner en práctica esta «estrategia de contención», se requería toda una serie de condiciones previas: en primer lugar, se debía

tener constancia no sólo del reclutamiento de un ejército y de la preparación de la expedición por parte de los enemigos, sino también de sus movimientos y de la dirección que tomaban; en segundo lugar, tales informaciones debían estar disponibles con suficiente antelación para tener tiempo de convocar fuerzas propias y trasladarlas hasta el lugar por donde se preveía que entrarían los adversarios. Dada la lentitud y la dificultad con la que circulaban las noticias en aquella época, para que todo lo anterior fuera posible los preparativos enemigos debían de ser lentos y, sobre todo, a gran escala, lo suficiente como para que su «eco» llegara con claridad, rapidez y anticipación.

En consecuencia, cuando situaciones como las descritas llegaban a concretarse, las operaciones militares acababan involucrando a grandes cantidades de efectivos en ambos bandos, dirigidos en muchas ocasiones por los máximos responsables políticos, dando lugar entonces, cuando se producía el choque en campo abierto, a aquellas grandes batallas que tan profunda huella dejaban en las sociedades medievales. Recuérdese, por ejemplo, que la batalla de Zalaca -1086- tuvo lugar a raíz del intento de Alfonso VI por detener una invasión almorávide antes incluso de que se internara por tierras de Castilla; Alfonso VIII provocó la de Alarcos al bloquear el paso a los ejércitos norteafricanos que pretendían atravesar las fronteras de su reino; en buena medida, Las Navas fue consecuencia de la pretensión del califa almohade de paralizar la marcha del contingente cruzado en Sierra Morena. Para otros ámbitos, el modelo se repite con frecuencia: la batalla de Hastings en el mundo anglo-normando -1066-, o las de Dorylæum -1097-, Ascalon -1099- o Arsuf -1191- en Tierra Santa, responden al mismo esquema comentado, esto es, al de una fuerza que se interpone en el curso de una incursión en marcha para evitar una invasión o una campaña de devastación.

A partir de la presentación de estos «modelos» de batalla, creemos que puede realizarse una reflexión, siquiera breve, en torno al papel estratégico de los grandes choques campales en la guerra medieval. Como puede deducirse de lo que hemos comentado, en ninguno de los modelos descritos el enfrentamiento directo y abierto entre dos ejércitos es la consecuencia de un deseo manifiesto por parte de los dos contendientes de medirse con el enemigo para acabar con sus fuerzas armadas. Desde luego, esto podía llegar a ocurrir, pero ése no era el objetivo buscado: cuando tenía lugar en el marco de un asedio, la batalla podía formar parte de la estrategia de unos para alcanzar una conquista o de la de otros para evitar la pérdida de una plaza, de modo que para todos lo fundamental seguía siendo la aprehensión o el mantenimiento del espacio controlado y la batalla solo era un medio para conseguirlo, nunca un fin en sí mismo; cuando el choque se desarrollaba en

el transcurso de una incursión, lo normal es que una de las dos partes se planteara prioritariamente recuperar el botín, castigar a los agresores o defenderse y evitar una invasión, de modo que encarar en campo abierto al adversario podía ser una posibilidad, pero tampoco era una meta. Desarrollada en circunstancias como las que acabamos de describir, la batalla campal presenta habitualmente un papel accesorio, tal vez inevitable en ocasiones, pero secundario en el contexto estratégico en el que se movían los contendientes.

Por supuesto, podía ocurrir que uno de los contendientes hiciera de la batalla y de la destrucción masiva de la fuerza armada contraria su objetivo estratégico prioritario –es el caso paradigmático de Alfonso VIII en la campaña que culminó en Las Navas de Tolosa-, pero esto no sólo era absolutamente excepcional, sino que además para que el choque tuviera lugar la otra parte debía de aceptarlo, y esta aceptación suele aparecer ligada a prácticas de contención y defensa del territorio, y no al simple deseo de aceptar un reto campal. También es verdad que los poetas, los cronistas o los juristas describen a veces situaciones en la que dos contendientes se ponen de acuerdo para dirimir un conflicto político en el escenario de una batalla campal, estableciendo lugar, fecha y condiciones para un combate masivo cuyo resultado se tendría como una sentencia, de manera que la batalla se presenta entonces como una actuación prioritaria y conscientemente buscada, donde el objetivo no era otro que la destrucción del ejército adversario. Pero también lo es que este tipo de situación no se daba en la vida real, o al menos nosotros no hemos sabido identificar ningún caso que se atenga a este modelo.

En conclusión, creemos que puede afirmarse que las batallas campales, al menos aquellas de gran envergadura que marcaban la memoria de los hombres de la Edad Media, representan raras excepciones en el marco general de las querellas armadas del medievo, donde los conflictos solían girar en torno a la posesión de los lugares fortificados. Pero precisamente su excepcionalidad, su halo épico en una sociedad profundamente militarizada, y las enormes consecuencias que podían llegar a tener, contribuyen de manera notable a que su extraordinario eco nos impida oír las voces y los sonidos de otras prácticas, sin duda mucho más determinantes a la hora de configurar el perfil de la guerra medieval.

## BIBLIOGRAFÍA BÁSICA PARA UNA REFLEXIÓN SOBRE LA BATALLA MEDIEVAL

- ALVIRA CABRER, Martín: *Guerra e ideología en la España Medieval: cultura y actitudes históricas ante el giro de principios del siglo XIII. Batallas de Las Navas de Tolosa (1212) y Muret (1213)*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2000.
- *12 de Septiembre de 1213. El Jueves de Muret*, Barcelona, 2002.
- BEELER, John: *Warfare in Feudal Europe, 730-1200*, Ithaca-Londres, 1971.
- BRADBURY, Jim: «Battles in England and Normandy, 1066-1154», *Anglo-Norman Studies*, VI (1984), pp. 1-12.
- *The Medieval Siege*, Woodbridge, 1992.
- BROWN, R.A.: «The Battle of Hastings», *Proceedings of the Battle Conference on Anglo-Norman Studies*, 3 (1980), pp. 1-21.
- CLAUSEWITZ, Carl von: *De la Guerra*, Barcelona, 1976.
- CONTAMINE, Philippe: *La guerra en la Edad Media*, Barcelona, 1984.
- CORFIS, Ivy A. y WOLFE, Michael (eds.): *The Medieval City under Siege*, Woodbridge, 1995.
- CURRY, Anne y HUGUES, Michael (eds.): *Arms, Armies and Fortifications in the Hundred Years War*, Woodbridge, 1994.
- DELBRÜCK, Hans: *History of the art of war within the framework of political history*, vol. III: *Medieval Warfare*, Lincoln and London, 1982.
- DUBY, Georges: *El Domingo de Bouvines*, Madrid, 1988.
- FRANCE, John: *Victory in the East. A military history of the First Crusade*. Cambridge, 1994.
- *European Warfare in the age of the crusades, 1000-1300*. Londres, 1999.
- FULLER, J.F.C.: *Armament and History. A Study of the influence of Armament on History from the Dawn of Classical Warfare to the Second World War*. Londres, 1946.
- *Batallas decisivas del Mundo Occidental y su influencia en la Historia*, 20 ed., vol. I, Luis de Caralt ed., Barcelona, 1964.
- GAIER, Claude: *Art et organisation militaires dans la principauté de Liège et dans le comté de Looz au Moyen Âge*, Bruselas, 1968.
- GARCÍA FITZ, Francisco: «La batalla en su contexto estratégico. A propósito de Alarcos», *Alarcos 1195. Actas del Congreso Internacional Conmemorativo del VIII Centenario de la Batalla de Alarcos*, ed. Ricardo Izquierdo Benito y Francisco Ruiz Gómez. Cuenca, 1996, pp. 265-282.
- *Castilla y León frente al Islam. Estrategias de expansión y tácticas militares. Siglos XI-XIII*, Sevilla, 1998.

- *Ejércitos y actividades guerreras en la Edad Media Europea*, Madrid, 1998.
- *Las Navas de Tolosa*, Barcelona, 2005.
- GILLINGHAN, John: «Richard I and the Science of War in the Middle Ages», *Anglo-Norman Warfare. Studies in late Anglo-Saxon and Anglo-Norman military organization and warfare*, ed. Matthew Strickland, Woodbridge, 1992, pp. 194-207.
- «William the Bastard at War», *Anglo-Norman Warfare. Studies in late Anglo-Saxon and Anglo-Norman military organization and warfare*, ed. Matthew Strickland, Woodbridge, 1992, pp. 143-160.
- «War and Chivalry in the *History of William the Marshall*», *Anglo-Norman Warfare. Studies in late Anglo-Saxon and Anglo-Norman military organization and warfare*, ed. Matthew Strickland, Woodbridge, 1992, pp. 251-263.
- GONZÁLEZ SIMANCAS, Manuel: *España Militar a principios de la Baja Edad Media. Batalla de Las Navas de Tolosa*, Madrid, 1925.
- HANSON, Victor Davis: *The Western Way of War. Infantry Battle in Classical Greece*. Nueva York-Oxford, 1989.
- HUICI MIRANDA, Ambrosio: *Las grandes batallas de la Reconquista durante las invasiones africanas (Almorávides, Almohades y Benimerines)*, Madrid, 1956. [Ed. Facsímil con estudio preliminar de E. Molina López y C. Navarro Oltra, Granada, 2000].
- IZQUIERDO BENITO, Ricardo y RUIZ GÓMEZ, Francisco (eds.): *Alarcos 1195. Actas del Congreso Internacional Conmemorativo del VIII Centenario de la Batalla de Alarcos*, Cuenca, 1996.
- KEEGAN, John: *El rostro de la batalla*, Madrid, 1990.
- *La máscara del mando*, Madrid, 1991.
- *Historia de la guerra*, Barcelona, 1995.
- LIDDELL HART, Basil H.: *La estrategia de aproximación indirecta. Las guerras decisivas de la Historia*, Barcelona, 1946.
- LÓPEZ PAYER, Manuel Gabriel y ROSADO LLAMAS, María Dolores: *La batalla de Las Navas de Tolosa*, Madrid, 2002.
- LOT, Ferdinand: *L'art militaire et les armées au Moyen Age en Europe et dans le Proche Orient*, 2 tomos, París, 1946.
- LYNN, John A.: *Battle. A history of Combat and Culture*. Oxford, 2003.
- MARSHALL, Christopher J.: «The Use of the Charge in Battles in the Latin East, 1192-1291», *Historical Research*, n1 152, LXIII (octubre, 1990), pp. 221-226.
- *Warfare in the Latin East*. Cambridge, 1992.

- MAY, Elmer C.; STADLER, Gerald P. y VOTAW, John F.: *Ancient and Medieval Warfare*. Mayne, 1984.
- MONTGOMERY, [B.L.], Vizcount Montgomery of Alamein: *Kriegsgeschichte. Weltgeschichte der Schlachten und Kriegszüge*, Frechen, 1999.
- MORILLO, Stephen: *Warfare under the Anglo-Norman Kings, 1066-1135*. Woodbridge, 1994.
- MORILLO, Stephen (ed.): *The Battle of Hastings. Sources and Interpretations*. Woodbridge, 1996.
- MUÑOZ RUANO, J y PÉREZ DE TUDELA, M.I.: «La batalla de Alarcos», *Ejército*, n1 643, año LIV, 1993, pp. 60-69.
- NICHOLSON, Helen: *Medieval Warfare. Theory and Practice of War in Europe, 300-1500*, Nueva York, 2004
- NICOLLE, David: «The impact of the european couched lance on muslim military tradition», *The Journal of The Arms & Armour Society*, X, 1 (1980), pp. 6-40.
- *Medieval Warfare Source Book*. Vol. I: *Warfare in Western Christendom*. Vol. II: *Christian Europe and its Neighbours*, Londres, 1995-1996.
- O'CALLAGHAN, Joseph F.: *Reconquest and Crusade in Medieval Spain*, Philadelphia, 2003.
- OMAN, C.W.C.: *The Art of war in the Middle Ages, a.d. 378-1515*. Revised and edited by John H. BEELER, New York, 1953.
- *A history of the Art of War in the Middle Ages*, 2 vols. Londres, 1978.
- PARKER, Geoffrey: *The Cambridge Illustrated History of Warfare. The Triumph of the West*. Cambridge, 1995.
- PRESTWICH, Michael: *Armies and Warfare in the Middle Ages. The English Experience*. New Haven y Londres, 1996.
- ROGERS, R.: *Latin Siege Warfare in the Twelfth Century*, Oxford, 1992.
- ROJAS GABRIEL, Manuel: «De la estrategia en la `batalla del Estrecho' durante la primera mitad del siglo XIV [c.1292-1350]», *El Siglo XIV: el Alba de una Nueva Era*, Soria, 2001, pp. 223-269.
- «La batalla en la Edad Media y su contexto estratégico. El choque de Salado (1340), reexaminado», en GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M. (ed.), *Tarifa en la Edad Media*, Tarifa, 2005, pp. 147-172
- ROSADO LLAMAS, M.<sup>a</sup> Dolores y LÓPEZ PAYER, Manuel: *La batalla de las Navas de Tolosa. Historia y Mito*. Jaén, 2001.
- SMAIL, R.C.: *Crusading Warfare (1097-1193)*, Cambridge-London-New York-Melbourne, 1956. [Segunda edición, con una introducción bibliográfica actualizada a cargo de Christopher Marshall, en Cambridge, 1995].

- SPAULDING, Oliver Lyman y NICKERSON, Hoffman: *Ancient and Medieval Warfare*. Londres, 1994.
- STRICKLAND, Matthew: *War and Chivalry. The Conduct and Perception of War in England and Normandy, 1066-1217*. Cambridge, 1996.
- STRICKLAND, Matthew (ed.): *Anglo-Norman Warfare. Studies in late Anglo-Saxon and Anglo-Norman military organization and warfare*. Woodbridge, 1992.
- TORRE SEVILLA-QUIÑONES DE LEÓN, Margarita: *Las batallas legendarias y el oficio de la guerra*. Barcelona, 2002.
- VARA THORBECK, Carlos: *El Lunes de Las Navas*. Jaén, 1999.
- VERBRUGGEN, J.F.: *The Art of Warfare in Western Europe during the Middle Ages. From the Eight Century to 1340*. Amsterdam-New York-Oxford, 1977.
- WANTY, Emile: *La Historia de la Humanidad a través de las guerras*. Madrid, 1972.
- ZOZAYA, Juan (ed.): *Alarcos. El fiel de la balanza*, s/l, 1995.